



## 50 ANIVERSARIO DE MAYO DEL 68 FRANCÉS

# Las otras rebeliones universitarias del 68

Años antes del histórico mayo francés, en la Universidad y en la Pontificia ya germinaban otras revueltas, aunque de distinta índole: contra el régimen y en pro de los nuevos criterios del Concilio Vaticano II

CYNTHIA ALONSO | SALAMANCA

**E**l espíritu combativo y de protesta del 'Mayo del 68' francés incrementó ideológicamente las rebeliones estudiantiles que comenzaban a gestarse en la Universidad de Salamanca. Revueltas que se iniciaron antes de ese mayo histórico —comenzaron en 1965 cuando el régimen franquista expulsó a los profesores López Aranguren, García Calvo y Tierno Galván por incitar a la subversión— y que se acrecentaron en 1969, cuando la dictadura decretó por primera vez el estado de excepción. La facultad de Filosofía y Letras se convirtió en el epicentro de las huelgas y actividades clandestinas en Salamanca. Sus alumnos y profesores tenían más acceso a la literatura revolucionaria. Leían a Marx y libros de pensamiento socialista, esos que algunos conseguían comprar en Francia y transportaban en los bajos del coche hasta Salamanca, como ahora se hace con los fardos de droga.

Así lo relata Miguel Ángel Quintanilla, catedrático jubilado y en 1968 joven profesor de Historia de la Filosofía con 23 años. Era uno de los fichados por la Policía franquista. "Teníamos estudiantes matriculados que se sabía que eran policías. Se les notaba tantísimo... Estaban allí para tomar notas e informar. E incluso se presentaban a los exámenes. Ellos pensaban que un profesor que explicaba a Marx tenía que ser comunista", recuerda Quintanilla, que asegura que nunca se sintió coartado y explicó lo que le "dio la gana".

Por aquel entonces, las asambleas y encierros eran frecuentes. Todo aquel que protagonizaba mítines y consignas y distribuía propaganda era perseguido. Al menos la Policía no podía entrar en los recintos universitarios. Pero en la calle ejercía la violencia. "Unas cuantas personas que estábamos fichadas por la Policía recibíamos una visita el día anterior al 1 de mayo para cerciorarse de que no íbamos a ir a la manifestación", relata Quintanilla.

Aquel 1 de mayo de 1968 la protesta se celebró por la noche y no entró en la Plaza Mayor, plagada de Policía, recuerda Juan Antonio Bonilla, exarchivero de la Diputación. "Vivíamos en el miedo", agrega Quintanilla. Su mujer Ana Tizón, por entonces alumna de Filosofía y Letras y líder estudiantil, lo sabe de primera mano. Fue arrestada, pasó tres días en la cárcel, y después fue desterrada a La Coruña, a casa de su abuela, durante cuatro meses.

"Me eligieron secretaria de la Facultad de Filosofía y Letras y tuve una participación activa en el movimiento estudiantil. Lo que



Fachada del Palacio de Anaya donde se ubicaba la Facultad de Filosofía y Letras, una de las más activas. | ARCHIVO

**"Teníamos estudiantes matriculados que se sabía que eran policías. Estaban para informar"**

queríamos era luchar contra el régimen. Queríamos una democracia", recuerda Ana Tizón. Cuando en 1969 se decreta el estado de excepción, ella dirigió una asamblea en Anaya y estaba en la cabeza de la manifestación que no llegó hasta el Gobierno Civil porque fue disuelta antes. A las seis de la mañana tenía a la Policía en su casa y la llevaron a la cárcel. "La única preocupación de mi padre, coronel en Naciones Unidas, es que no me torturaran. No lo hicieron. Después me deportaron. Era ridículo. La situación es muy diferente a las luchas de ahora. Ahora estamos en una democracia y muchos luchamos mucho por ella. Tenía ganas de vivir en un país como el resto de países", incide Ana Tizón.

Román Álvarez, alumno de Filosofía y Letras en 1970 también reconoce las repercusiones del

**"Estuve en la cabecera de una manifestación. A las seis de la mañana tenía a la Policía en casa y me llevaron a la cárcel"**

mayo francés. "Vino a fomentar algo que se venía gestando en los movimientos universitarios. Por una parte existía un movimiento contestatario español en los últimos años del franquismo que quería tener otras libertades y salía más al extranjero, y por otro se añadió el empujón del movimiento de mayo del 68", señala. Y aunque las manifestaciones en Madrid y Barcelona eran más sonadas, también la Universidad de Salamanca "fue bastante contestataria", asegura el catedrático de Filología inglesa que recuerda un encierro en el edificio de Anaya recién inaugurado.

"Estuvimos toda la noche. Teníamos a la policía armada, a los grises, al lado, en el cuartel que estaba ubicado donde está ahora el NH Palacio de Castellanos. Era una noche con mucho frío y hasta hicieron una fogata fuera pero no

**"Los alumnos de Teología pidieron cesar a una docena de profesores por estar lejos de la normativa del Concilio Vaticano"**

entraron".

Antes del mayo del 68 francés, entre 1967 y 1969, en la Universidad Pontificia de Salamanca germinó otra rebelión, en este caso un acontecimiento estrictamente interno a la vida de la Iglesia. Los ideales e imperativos del Concilio Vaticano II apostaban por nuevas actitudes de la Iglesia, nuevos esfuerzos por la fe y nuevas relaciones con la sociedad. Así lo relata el teólogo abulense afincado en Salamanca Olegario González de Cardedal, por aquel entonces un joven profesor de Teología en la Pontificia, llegado de Alemania donde se había doctorado en la Universidad de Munich. Se manifestaron junto con otros nombres relevantes como Fernando Sebastián Aguilar y Antonio María Rouco Varela.

"Fuimos un grupo de alumnos y profesores en los que se manifes-

tó esas situaciones espirituales nuevas", explica. "Queríamos que hubiera una Iglesia más conforme a lo que el Concilio Vaticano II había elaborado y expuesto como norma para toda la Iglesia católica, con sus tres grandes constituciones: sobre la iglesia en el mundo, sobre la revelación y sobre la liturgia y luego las declaraciones sobre la libertad religiosa y sobre las relaciones con religiones no cristianas. Es decir, los grandes problemas internos de la fe y del catolicismo", agrega González de Cardedal que rechaza que este asunto fuera una "preocupación política". "No queríamos introducir aspectos políticos de derechas o izquierdas. Era una cosa totalmente distinta", reivindica el teólogo, que recibió las críticas de "grupos de fuera de la Universidad" porque consideraban que su actitud era "culpable de esos movimientos internos".

"El cambio se opera porque los alumnos perciben en el tono de los nuevos profesores, y yo era el símbolo, una actitud más coherente con lo que están viviendo y esperando tanto de la Iglesia como de la Teología", puntualiza González de Cardedal que también tuvo en sus clases a policías matriculados para comprobar si era "conspirador" contra el régimen franquista u otra cosa distinta. "Aunque era un problema interno de la Iglesia, bien es verdad que los grandes temas como el decreto del Concilio sobre libertad, ecumenismo y sobre las religiones no cristianas eran ideas que indirectamente eran consideradas peligrosas y comprometedoras con el propio régimen".

Sin embargo, pese a la vigilancia, González de Cardedal asegura que siempre se sintió "absolutamente libre".

La situación límite se creó con la reclamación que presentaron los alumnos de Teología de la Pontificia en la que pedían cesar a una docena de profesores. "Intervino Roma, creando un visitador apostólico. Se creó una comisión para analizar el caso de cada uno de los profesores y prácticamente se los cesó a todos, a excepción de alguno que se le dio otro empleo. La razón de fondo es que esos profesores estaban lejos o contrarios a la normativa de la Iglesia del Concilio Vaticano II", relata el teólogo abulense que confirma que el objetivo se consiguió, bien es verdad que "con grandes heridas y dramas personales".

Olegario González de Cardedal valora con perspectiva histórica aquel cese de 12 profesores: "Fue una decisión inevitable pero una injusticia absoluta. Su actitud hacía inviable la convivencia con las nuevas generaciones dado su distancia o rechazo a los criterios del Concilio Vaticano II".